

BIBLIOTECA DE **SOCIOLOGÍA**

UNA MIRADA SOCIOLÓGICA A LA VIDA COTIDIANA

Luis Navarro Ardoy




EDITORIAL
SÍNTESIS

UNA MIRADA SOCIOLÓGICA A LA VIDA COTIDIANA

COLECCIÓN
SOCIOLOGÍA (GUÍAS)

COORDINADOR:
CRISTÓBAL TORRES ALBERO



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

UNA MIRADA SOCIOLÓGICA A LA VIDA COTIDIANA

Luis Navarro Ardoy



EDITORIAL
SÍNTESIS

Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

Ilustradora: María Sabater Perales

© Luis Navarro Ardoy

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid
Teléfono: 91 593 20 98
www.sintesis.com

ISBN: 978-84-1357-479-0
Depósito Legal: M-12.874-2026

Impreso en España. Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

Índice

<i>Prólogo</i>	7
<i>Introducción</i>	11
1. <i>Comprender la sociedad y describirla</i>	17
1.1. Las hormigas no leen libros de entomología	17
1.2. Si no triunfas, es culpa tuya, no tuviste suficiente voluntad	23
1.3. Pilar y Pepe y la ruptura de su relación de “toda la vida”	24
1.4. El origen social y la decisión de seguir o no estu- diando	27
2. <i>Todo es rutina mientras nada sucede</i>	33
2.1. <i>Momentum</i>	34
2.2. Cambios a golpe del clic en sociedades licuadas	37
2.3. Ajetreo labial, disloque dental	39
2.4. Manosear los términos. <i>DigoDiego</i>	42
2.5. El miedo como latigazo transversal	46

3.	<i>Sociología, para que no te la den con queso</i>	51
3.1.	Nada es como parece, excepto cuando sí. Interrogantes sobre lo aparentemente evidente	51
3.2.	Sobregeneralizaciones, observaciones poco atinadas y razonamientos sesgados	57
3.3.	Pensar los contextos	60
3.4.	Al mal tiempo, buena cara	67
3.5.	Lo real imposible	69
4.	<i>La cuali cumbia, la cuanti conga</i>	75
4.1.	Al son de la cualidad, al ritmo de la cantidad	75
4.2.	Encuestas: algo huele a chamusquina	86
4.3.	No me llames Dolores, llámame Lola	92
4.4.	Manipular los datos	97
5.	<i>La mirada que hace y cambia</i>	105
5.1.	Ciencia in-cómoda	106
5.2.	Juicio a la clase política	113
5.3.	El veneno de la divulgación	117
5.4.	Excluir a través del lenguaje	121
6.	<i>Reflexiones finales</i>	127
	<i>Bibliografía</i>	135

Todo es rutina mientras nada sucede

2

Las calles rebosan de gente. La humanidad se aprieta. La gente grita de un lado al otro y los conocidos se saludan con un beso o un abrazo. Muchas personas parecen ir con prisas en el interior de este laberinto de estrechas callejuelas cercadas por paredes rugosas. Otras hacen *running* o pasean acompañadas de sus perros. Tendidos en el césped, algunos jóvenes leen un libro o escuchan música en Spotify por sus auriculares inalámbricos. Muchos miran sus *smartphones* sin levantar la cabeza de la pantalla. Hay una intensa luminosidad dentro de una bruma polvorienta. Hay viviendas de colores por todas partes que cambian en cada cuadra: azul marino, azul celeste, un brusco añil, verde esmeralda, verde esperanza, verde desvaído, amarillos cálidos, malvas furiosos y rosas suaves (autor).

2.1. Momentum

Le dice un trabajador (albañil) al fisioterapeuta: ¿Todo esto que me está enseñando es para curarme y que así viva mejor, o para que pueda seguir trabajando como un animal sin que el dolor me duela? (Rosa, 2011, p. 15).

En esa pregunta, formulada desde la experiencia del cuerpo doliente, se condensa una tensión que desborda lo individual y apunta a la forma en que nuestras sociedades gestionan la vida cotidiana en contextos de aceleración permanente.

La expresión *Momentum* que titula este epígrafe simplifica precisamente el argumento de por qué resulta pertinente una mirada sociológica sobre esa vida cotidiana para comprender la complejidad de nuestra sociedad acelerada, “poblada por innumerables híbridos”, y donde se combinan, mezclan y cruzan lo tecnocientífico, lo natural y lo subjetivo: embriones congelados, calentamiento global, drogas psicotrópicas, edición del genoma (Latour, 2017, 2021).

Esta aceleración, con sus cambios radicales a golpe del clic, influye en nuestras vidas cotidianas y en interacciones sociales, estructuras económicas y dinámicas culturales que se ven constantemente alteradas y transformadas por nuevos desarrollos tecnológicos. Mientras que para algunas personas terminar un libro es una herida en el corazón, para otras muchas va siendo ya un *check* en una lista. La obsesión racionalista por la cantidad hace creer a tantos que llevar una concienzuda contabilidad de los libros que lee cada mes o al año lo convierte en lector o amante de los libros.

El periodista Carl Honoré, autor del libro *Elogio de la lentitud* (2004), señala la importancia de dedicar a cada tarea el tiempo que requiere, sin ir a contrarreloj, ni más ni menos. Esto, tan sencillo de anunciar, tan de sentido común, se topa con el problema de vivir en unos tiempos de aceleración e hiperestimulación en los que parece que las actividades pendientes no terminan nunca, que no podemos tomarnos nada con calma. Detenerse, bajar de la rueda, es una decisión, diríase, revolucionaria.

En un mundo globalizado e hipertecnologizado, la humanidad se ha convertido en un rebaño digital (Byung-Chul, 2017; Lanier, 2018). Vivimos en función a las actualizaciones y funcionalidades de las redes sociales, de un *software* de ordenador o de una aplicación de *smartphone*. Como entes programados, hemos modificado las relaciones sociales. La

intimidad se ha perdido, los datos pertenecen al *big data* y son usados principalmente con fines comerciales o electorales.

El ya anteriormente citado sociólogo Zygmunt Bauman (2002) planteó hace dos décadas el concepto de “sociedades líquidas” para describir cómo las dinámicas sociales se habían vuelto más fluidas y efímeras bajo la influencia predominante del capitalismo neoliberal y las tecnologías digitales exacerbando el individualismo y dificultando la construcción de lo colectivo. Estas sociedades se han licuado todavía más debido al auge de lo virtual, convertido ya en una dimensión fundamental de la vida cotidiana.

El crecimiento exponencial en términos de tiempo y espacio de las tecnologías de la información ha creado un entorno en el que nuestras interacciones sociales, económicas y políticas están cada vez más mediadas por lo digital. Y lo digital, a su vez, por las normas, valores y estructuras de poder. Fenómenos como la inteligencia artificial, las redes sociales, el control de las comunidades virtuales o la manipulación de emociones a través de las *fake news* suman nuevas y potentes herramientas para moldear la opinión pública y perpetuar divisiones sociales. El diagnóstico no es favorable para la escritora Ali Smith (2023), quien describe una sociedad en la que la comunicación se ha vuelto imposible: aunque la gente diga muchas cosas gracias a las redes sociales, nada acaba convirtiéndose en diálogo, “es el fin del diálogo”, afirma.

Es lógico que los temas relacionados con las sociedades líquidas, la virtualidad y el impacto de las tecnologías de la información estén en el centro de muchos debates y discusiones, dado su profundo impacto en la forma en que vivimos, nos relacionamos y nos organizamos. Al igual que ocurre con la moda cuando ciertos estilos, tendencias o conceptos se vuelven populares y *cool* en un determinado momento, incluirlos en debates y tertulias se percibe a menudo como un signo de estar al día y de comprender los cambios culturales y sociales que están teniendo lugar. Aunque es positivo que reciban atención y se vuelvan objeto de debate público, su conversión en temas de moda puede llevar a una superficialidad en el entendimiento y el análisis de transformaciones tan complejas y profundas.

Cuando un tema se convierte en tendencia, existe el riesgo de que se trate con una simplificación excesiva, y hasta sensacionalista, sin tener en cuenta su contexto más amplio o sus implicaciones a largo plazo. La sociología no solo debe reconocer su relevancia o su carácter de signo de los tiempos. También es preciso que examine críticamente sus efectos en diferentes aspectos, desde la vida cotidiana, la política y la economía hasta los desarrollos sociales y demográficos. Características sociode-

mográficas como la edad, el género, la ocupación y el nivel de ingresos pueden influir en cómo las personas interactúan con la tecnología y en cómo se ven afectadas por los cambios sociales asociados con la virtualidad. No analizarlas nos llevaría a una “sociología espontánea” o a una “antisociología” en palabras del sociólogo Danilo Martuccelli (2021).

Los factores económicos y políticos desempeñan un papel importante en la forma en que se expanden y se utilizan las tecnologías de la información, y en cómo se regulan y se gobiernan las interacciones sociales en el mundo digital. La concentración del poder en manos de grandes empresas tecnológicas puede tener implicaciones significativas para la privacidad y la libertad de expresión en línea. La posibilidad de que las bolsas no cierren y operen *on line* en continuo es un ejemplo de los desarrollos digitales, su velocidad y su capacidad de cambio.

Si volvemos a evocar a Zygmunt Bauman, el mundo financiero también ha pasado del estado líquido al gaseoso. Humo y especulación son las reglas: licuación, gasificación, transformación del mundo económico en algo cada vez más intangible, ganancias monetarias, individuos inmersos en una cultura que valora el beneficio económico por encima de todo. A propósito de esto, me remito a una entrevista de la BBC en 2011 a un agente de bolsa de la *City* londinense, Alessio Rastani. Búsquenla en internet porque hay que verla, escucharla y observar el lenguaje no verbal del entrevistado: su media sonrisa, su pelo engominado, su corbata rosa y su manera de levantar solo una ceja.

La entrevistadora preguntó sobre la crisis del euro y las medidas que estudiaba la UE: “¿Qué haría más felices a los inversores? ¿Qué les haría sentirse más seguros?”.

La respuesta de Alessio Rastani fue: “Personalmente, creo que da igual. Soy un operador financiero, a mí no me preocupa la crisis. Si hay una oportunidad para ganar dinero, voy a por ella. Nosotros, los brokers, no nos preocupamos de cómo arreglar la economía o de cómo arreglar esta situación. Nuestro trabajo es ganar dinero con esto. Personalmente, he estado soñando con este momento desde hace tres años. Tengo que confesarlo, yo me voy a la cama cada noche soñando con una recesión, soñando con un momento como este. ... Si sabes lo que hay que hacer, puedes ganar mucho dinero ...”.

Independientemente de la perplejidad que pueda producir, el relato de este sujeto es muy ilustrativo y, por tanto, muy útil para reflexionar sobre la sociedad y el papel de las personas en ella.

No es poco para seguir pensando y actuando.

2.2. Cambios a golpe del clic en sociedades licuadas

Vivimos tiempos inciertos y de transiciones en las que se solapan varios cambios a la vez, todos con importantes implicaciones sociales, políticas, económicas y medioambientales. Tiempos revueltos que rompen muchas de las inercias a las que estábamos acostumbrados (autor).

Grandes acontecimientos están dándole la vuelta a nuestro modo de vida: la pandemia COVID-19, la crisis económica de 2008 y las provocadas por la respuesta que se dio, la revolución tecnológica, la degradación medioambiental y la revolución neoliberal y sus últimas manifestaciones extremas. De estos grandes propulsores de cambio nacen, a su vez, múltiples tendencias, transformaciones súbitas o incipientes en los hábitos de vida, consumo y compra y en la forma de comunicar y de comunicarnos, de trasladarnos y movernos por el mundo.

El nuevo contexto, definido como más volátil y menos predecible (Beck, 2006; Glassner, 1999), sin sustancia sólida, nos devuelve a una sociedad de ganadores y perdedores o, para ser más precisos, a una sociedad de ganadores propiamente dichos, de supervivientes y de perdedores (división de la que tenemos amargas experiencias en España). Los perdedores no lo son por voluntad propia, lo son por la voluntad de los que gobiernan el modelo de orden social y económico vigente que necesita sacrificar de vez en cuando a unos cuantos millones de personas en el altar de una nueva economía depredadora y especulativa para que la rueda pueda seguir girando libre de frenos.

Es gravísimo el grado de deshumanización al que estamos llegando; desolador ver las imágenes de tantos cuerpos y vidas atropelladas. La gente que está al mando, las guerras... Da mucho miedo y es difícil de metabolizar. Poco se mueve entre quienes gobiernan y representan para responder a estas urgentes situaciones.

Tras la crisis económica y financiera del 2008, lejos de una salida de recuperación, lo que venimos sufriendo es una concatenación de situaciones críticas y la “remercantilización” de la prestación de unos servicios sociales cada vez más necesarios (Moreno y Marí, 2024).

Entre tanto, Occidente cada vez pesa menos económica y políticamente. Y Europa sigue envejeciendo, lo que plantea desafíos añadidos para hacer sostenible sus modelos de bienestar. Las identificadas como “soledades” se han convertido en un reto para las administraciones y la sociedad en general. Suponen una fuente de sufrimiento para las personas y limitan su derecho de participación en la sociedad, tienen consecuencias negativas para la salud y la calidad de vida y conllevan grandes costes sociales y económicos. Los estudios de referencia reconocen muchos tipos de soledad, desde la emocional y social a la institucional. Como señala el sociólogo Juan Manuel García (Pérez, 2024), a veces nos sentimos solos porque no tenemos relaciones sociales o, también, porque nos sentimos desatendidos por quien consideramos que nos tiene que cuidar como personas o como sociedad desde las instituciones (el Estado en todos sus niveles administrativos o territoriales).

Para entender al individuo o a la sociedad, debemos entender a ambos. Una vez que asumimos sus complejidades, podemos reflexionar sobre la realidad social y analizarla críticamente contribuyendo tanto a describirla (decir cómo son las cosas) como a explicarla (decir por qué son así).

La gente es como es y hace lo que hace condicionada por el entorno interpersonal, histórico, cultural, organizacional y global en el que vive. Así, para comprender la creciente mortalidad por suicidio entre jóvenes debemos considerar el papel de las redes sociales y cómo la fluidez de la vida moderna puede generar un vacío en el que las relaciones profundas y significativas se vuelven más difíciles de encontrar (Pérez *et al.*, 2023). La presión de proyectar una vida idealizada en las plataformas digitales puede aumentar la sensación de aislamiento para aquellos que no se sienten representados en esas imágenes.

Los jóvenes, que están en una etapa vital en la que la búsqueda de identidad y pertenencia es clave, pueden sentir que no encajan o que su valía depende de factores externos, como la validación social o el éxito material. Esto, en combinación con una constante comparación con otras personas, puede llevarles a un sentimiento profundo de soledad incluso en este mundo que parece estar más interconectado que nunca.

2.3. Ajetreo labial, disloque dental

¿Es usted de los aboga por la centralización? ¿O piensa que es mejor la plena autonomía territorial? ¡Adelante! Enséñeme su dentadura (autor).

La política destemplada recurre con frecuencia a un término de origen gaélico, “eslogan”, que significaba “grito de guerra” y era la invocación a las armas de un clan escocés. Como ilustra la figura 2.1, cuando no somos capaces de resolver los conflictos meneando los labios, acabamos por enseñar los dientes. En realidad, dividir es el truco más antiguo de la política y siempre termina mal, con sangre (Smith, 2023).



Figura 2.1. De los labios a los colmillos: el lenguaje del conflicto.

El arte de la comunicación no solo mejora el propio discurso, sino que también enriquece el intercambio de ideas, haciéndolo más informativo y estéticamente placentero. En un mundo lleno de enfrentamientos cotidianos, dominar el arte de “menear los labios”, en lugar de “enseñar los dientes”, puede deleitar y educar a los demás.

Los dientes simbolizan la agresividad y la firmeza con la que se defienden las posiciones, a menudo en detrimento del diálogo y la negociación. La polarización política, con los discursos de odio y su expansión en las redes sociales, ha llevado a una dinámica en la que parece que solo hay dos bandos. Cualquier intento de matizar o discutir puntos intermedios es malinterpretado o etiquetado de manera incorrecta. Y este es el verdadero problema, la simplificación borrega.

En los inicios de internet abundaban los postulados optimistas que afirmaban la configuración de un espacio público más rico, participativo y diverso. Las evidencias disponibles confirman hoy lo contrario: la simplificación del debate público, el incremento de la polarización y la reducción del tiempo y la profundidad de la atención, puesto que los ciclos de noticias son cada vez más breves y los acontecimientos, en su exposición pública, se suceden con mayor rapidez (Arroyas *et al.*, 2022).

En lugar de practicar el arte de hablar bien para sonar afinados, escuchamos diariamente una música de cañerías con lenguaje sobresaltado, histérico, en el que el insulto zafio o el mote hiriente sustituyen a los argumentos y las razones. Como señala Antoni Gutiérrez-Rubí (2024), asesor de comunicación y consultor político, ganan el miedo y la rabia, pierden la confianza colectiva y el nosotros incluyente. Gana mi verdad y pierde la verdad. Con otras palabras lo señala el periodista Rubén Amón en su ensayo sobre el arte de la conversación, titulado *Tenemos que hablar* (2024): no brilla ni quien más sabe ni quien mejor piensa, sino quien maneja el código de la bronca. Ya no hay temas a salvo de ella, añade el también periodista Ángel Munárriz (2025), para quien la pugna partidista en asuntos de ocio, como el pique entre *El hormiguero* y *La revuelta*, se contagia cada vez más a la sociedad. Por eso, como advierte el escritor Sergio del Molino (2024), Descartes no tendría nada que hacer en la tertulia de Iker Jiménez, Galileo sería incapaz de convencer a un tuitero terraplanista de que la Tierra es redonda y Cicerón no aguantaría media sesión de control al Gobierno en el Congreso de los Diputados.

En lugar de diplomacia y diálogo, asistimos a tensiones y conflictos territoriales con enfrentamientos violentos. En lugar de mediación,

presenciamos conflictos étnicos y guerras civiles. La incapacidad para resolverlos sin enseñar los dientes conduce a escaladas de terribles consecuencias. En España, la cuestión territorial sigue provocando “disloques dentales” (y mentales) en múltiples formas, con tensiones entre los gobiernos central y autonómicos, debates acalorados, movilizaciones ciudadanas y una creciente polarización en dos bloques extremos.

Aunque con distintos matices, la interpretación dominante es que mientras los votantes de la derecha mantienen preferencias territoriales más “españolistas” independientemente de su comunidad de residencia, entre la izquierda existe una diversidad de posiciones que confirma las dificultades que tiene para elaborar argumentos sobre el significado de pertenecer a España o para construir una nueva idea de España *desfranquizada* (Navarro, 2020a; Liñeira, 2014; Alonso *et al.*, 2013; Amat, 2012).

La identidad política influye de manera significativa en la clara división entre quienes defienden un modelo centralista y quienes abogan por un mayor grado de autonomía o, incluso, la independencia. Se suele considerar que el discurso territorial de la derecha política es más homogéneo y consistente y el de la izquierda tiende a una mayor heterogeneidad y falta de coherencia interna.

En suma, el efecto al defender dichas identidades varía en función de cómo se exprese: puede ser tan leve como un gesto labial o tan incisivo como uno dental. Hay quienes realmente lo perciben de ese modo porque así lo creen o porque la evidencia visual les resulta suficiente. Otros simplemente repiten lo que se espera que digan, “pues a mí me parece bien”, aunque en el fondo no lo tengan del todo claro. Y también están quienes se posicionan con firmeza para reafirmar su identidad ideológica y encuentran satisfacción en expresar cierta superioridad moral. En definitiva, es otra forma de mostrar los dientes.

Todo depende. Existen muchas opiniones “correctas”, que se articulan con la boca apretada, mientras se lanzan etiquetas y juicios de valor a diestra y siniestra. Por ejemplo, cuestionar ciertos aspectos de la Agenda Verde Europea o preguntarse a quién beneficia realmente el gran negocio de las renovables puede ser suficiente para ser tildado de “negacionista” del cambio climático. Esta tendencia recuerda al viejo chiste sobre quien exige empatía con tono autoritario: “¡Un poco de empatía, caramba!”.

2.4. Manosear los términos. DigoDiego

Lo importante no es saber qué significan las palabras, lo importante es saber quién manda. Esta cita del personaje Humpty Dumpty en el libro *Alicia a través del espejo* de Lewis Carroll (2013) puede servir para responder a las preguntas ¿Quién llena de significado un significante vacío? ¿O quien resignifica un término? (autor).

El constante ir y venir en el uso de las palabras y sus significados no es algo trivial, es una forma de entender cómo no solo representan una realidad, sino que también la construyen y la deforman. Cela ya había apuntado con su estilo irreverente ilustrándonos sobre lo obviamente diferentes que resulta un participio de un gerundio cuando del dormir o del joder se trata. En el fondo, ciertos términos ampliamente utilizados funcionan como “significantes vacíos”, pues carecen de un contenido fijo o de un significado estable. Precisamente por ello, como sostienen los filósofos Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (2015), se convierten en espacios abiertos a múltiples interpretaciones atravesados por la ambigüedad y moldeados por la subjetividad.

Como ilustra la figura 2.2, el término “pueblo” es quizá uno de los ejemplos más claros de significante vacío. Cuando un político habla en nombre del pueblo, rara vez especifica a quién se refiere exactamente: ¿son todos los ciudadanos, la mayoría silenciosa, los trabajadores, la nación entera o solo aquellos que lo apoyan? Justamente, su fuerza radica en esa ambigüedad. “Pueblo” puede ser llenado de significados distintos según el contexto y la intención de quien lo enuncia; para algunos es sinónimo de patria, para otros puede representar a los oprimidos frente a las élites y, en campañas electorales, se usa como un recurso de identificación que une a grupos muy diversos bajo una misma bandera. En otras palabras, “pueblo” funciona como un contenedor flexible donde caben múltiples demandas y sensibilidades y, por eso, se convierte en un término poderoso capaz de inspirar y movilizar a personas de diferentes grupos.

Otros términos como “amor” o “libertad” pueden ser considerados significantes vacíos, ya que cada persona puede llenarlas con sus propias experiencias y comprensiones. El “amor” puede abarcar una amplia gama de emociones, relaciones, percepciones: amor romántico, amor familiar, amistad, amor por la humanidad...



Figura 2.2. Manosear los términos.

Para algunas personas, “libertad” puede representar independencia personal. Para otras puede significar la existencia de condiciones sociales y políticas de ausencia de restricciones (¿tomar cañas en una terraza al aire libre?). Tampoco es lo mismo utilizar la libertad para operar en un mercado que referirse a ella como política asociada con los derechos civiles y la lucha por una sociedad justa y sin opresiones.

“Solidaridad” es otra palabra que a menudo se convierte en un “significante vacío” a expensas de las interpretaciones y objetivos de las distintas fuerzas políticas para justificar políticas económicas, acciones sociales o, incluso, actitudes internacionales. No es lo mismo hablar de solidaridad como el deber de trabajar juntos por el bienestar de la nación, como una forma de fortalecer el sentimiento de comunidad, que asociarla a la redistribución económica y la justicia y a la cohesión social. Tampoco es

lo mismo decir que es nuestra solidaridad como ciudadanos la que nos impulsa a proteger nuestros valores y tradiciones frente a las amenazas externas, que hablar de avanzar en la mejora de las condiciones laborales y conseguir una distribución más justa de la riqueza. Como se observa, un término que podría parecer neutral se convierte en un espacio discursivo donde los diferentes actores políticos pelean por imponer su propia definición y usarla a su favor.

El término “progreso” es otro ejemplo clásico de esto. Para algunos puede referirse al desarrollo económico y a la innovación tecnológica, mientras que para otros puede estar más vinculado a la justicia social.

Donde antes existía una autocontención nacionalista o una resistencia a hablar de España en el ámbito de la izquierda política, hoy el discurso se ha normalizado y está menos monopolizado por la derecha. Se ha convertido en el eje central del discurso de muchos políticos, con independencia de si ideológicamente se identifican con la etiqueta de “liberal”, “progresista” o “conservador”. Simplificando, como refleja la siguiente figura, “España pica menos”.

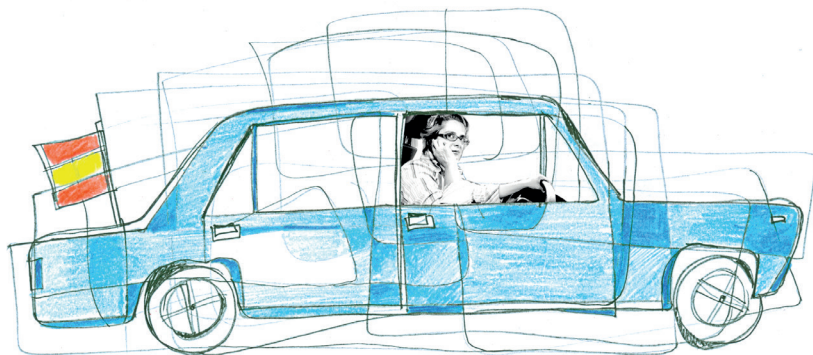


Figura 2.3. España pica menos.

La estrategia sobre la idea de patria en el primerísimo Podemos, de construcción nacional-popular, fue tan exitosa que Marine Le Pen hizo suyo uno de sus eslóganes: “El Frente Nacional no es de izquierdas ni de derechas, sino de los verdaderos patriotas” (Bascañán, 2016). Poco después, otras izquierdas engrasaron las máquinas con el objetivo de ofrecer nuevos argumentos sobre el significado de pertenecer a España. Pedro